

## La orilla que guarda nombres

En la arena quedó un niño  
como si el mar lo hubiera acunado,  
con los brazos quietos,  
con los párpados vencidos.

No era distinto a ninguno  
tenía zapatos pequeños,  
una camiseta roja,  
y sueños aún tibios.

Pudo ser tu hijo  
tu nieto  
el niño de tu calle,  
el que ríe en los columpios.

Pero el mar lo tomó primero,  
y lo devolvió en silencio  
como quien guarda un secreto  
demasiado pesado para llevarlo.

Su nombre era Aylan  
pero al pronunciarlo,  
se encienden otros nombres,  
miles de nombres sin eco.

Cada ola que rompe  
trae consigo una historia  
juguetes perdidos,  
mantas mojadas,  
cartas nunca escritas.

El mar no sabe contar  
pero la arena sí recuerda.  
Dos huellas pequeñas por día  
que ya no caminarán.

En la noche  
otros niños esperan,  
abrazados a sus madres,  
con miedo de dormir.

La luna los mira,  
como miró a Aylan  
como mirará a otros,  
sin poder detener el agua.

Y el amanecer repite la escena:  
cuerpos frágiles,  
ojos cerrados,  
manos abiertas buscando calor.

No fueron lágrimas suficientes  
porque el dolor se multiplicó,  
y aún así,  
los niños siguieron llegando.

En la orilla  
las gaviotas callaron,  
los turistas callaron,  
pero la arena gritó.

No con palabras  
sino con imágenes grabadas,  
que persiguen la memoria  
como cicatriz luminosa.

El padre lo tomó en brazos  
lo llevó hasta la tierra,  
cavó un hueco de despedida,  
y dejó en él tres ausencias.

Allí quedaron juntos  
madre, hijo, hermano,  
bajo la tierra de un pueblo  
que ya había sufrido bastante.

Y sin embargo  
aún seguimos soñando  
con que un niño en la arena  
no vuelva a repetirse.

Que el mar deje de ser tumba  
que vuelva a ser juego,  
que guarde con ternura  
lo que una vez nos arrebató.